

Raquel al oír esto se inclina de nuevo, y adora al Señor; y despues, á poco tiempo, se levantó enjugando las lágrimas que corrían por sus mejillas. Da á Eliezer una mirada de reconocimiento y desaparece al punto.

El hijo de Sadoc no se atreve á detenerla, suspira y la sigue con la vista; pero la memoria de su amado hermano hace desaparecer de la suya toda otra idea, y así se da prisa en volver á verlo. Neftalí, fuera de todo riesgo, Neftalí, que no tiene á su hermano al lado, pregunta á gritos por él; y yendo, á pesar de su debilidad, hácia el quicio de la puerta, recibe en sus brazos á Eliezer, á quien la sorpresa y la alegría embargaron del todo los sentidos.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

Todo Israel se entrega á la alegría en celebridad de su fiesta. Los viejos, los esposos, las madres, engalanados con sus mejores vestidos, hacen poner delante de sus puertas mesas cubiertas con manjares deliciosos. Las jóvenes doncellas, con vestidos de lino y coronas de rosas blancas, recorren la ciudad bailando al son de sus tirsos y cimbalos. Los padres, los amigos, todos se reúnen; las tribus los imitan; los ancianos, los Sacerdotes, los labradores, los moradores de la ciudad y de las aldeas, no forman mas que una familia. y todos repiten sin cesar el nombre de Jacob; todos, abrazándose confiesan á cada instante que son hijos de un mismo

padre, que han recibido iguales beneficios, y que guardan las mismas leyes; de modo que parece que este inmenso número de individuos no tiene más que un alma, y que esta se dedica á celebrar la fiesta de la felicidad y de la amistad.

Sadoc, Sumo Sacerdote, estaba en medio de ellos, acompañado de sus dos hijos: todos á porfía le hacían lugar; y por donde pasaba, á su vista levantaban las manos al cielo, y pedían al Señor por el Pontífice y su familia: queriendo ver de cerca al amable y querido Neftalí, á quien el Todopoderoso acababa de libertar de tan inminente riesgo, daban la enhorabuena á su padre, mezclando sus lágrimas de alegría con las que el buen anciano no podía contener por el reconocimiento.

Neftalí, pálido y débil, apoyado en Eliezer, llega poco á poco al lado del Sumo Sacerdote: sus ojos, en los que ántes se pintaba la alegría, manifestaban su inquietud; y no obstante que hacia los mayores esfuerzos para tranquilizar á su cuidadoso padre, su sonrisa llena de dulzura, estaba mezclada con la tristeza en que se hallaba sumergido. Cada uno de los hermanos tenía un secreto que ignoraba el otro; en lo que hacían una ofensa á su verdadera amistad. Am-

bos estaban interiormente atormentados, y ambos se pedían mutuamente perdon.

Luego que volvieron á casa de su padre, sin comunicarse sus designios, y sin prevenirse, ni aun por una mera señal, se ocultan á sus amigos, y van por diferentes caminos hácia la solitaria extremidad del campo que los mantenía. Allí á la orilla de un torrente, límite antiguo de su heredad, y á la sombra de una gran higuera plantada por los Cananeos, había un asiento de césped, en donde los dos hermanos iban todas las tardes á meditar la ley santa, á descansar de su trabajo, y á hablar de su amistad. Jamás habían venido á este paraje sino juntos; pero este día se encontraron en él sin esta circunstancia. Yo te esperaba se dijeron al mismo tiempo al acercarse. Se abrazan con ternura, se miran, y repiten de nuevo sus abrazos. Sentados, uno al lado del otro, se dispone Neftalí á hablar á Eliezer; pero este se anticipa.

¡Oh amigo mío! le dice, ¡Oh amada mitad de mi mismo! ¡qué riesgo nos ha amenazado! ¡cuántas gracias debemos dar á Dios que te ha conservado la vida! Eavano, postrado esta noche pasada delante del Arca Santa, había suplicado al Señor perdonase los yerros de nuestra juventud y que nos dejase todavía vivir algun tiempo

más para amaros; y no tuve la menor esperanza de que me lo concediese, pues el Todopoderoso no se dignó responder á mi suplicas; así creí que el Señor quería castigarme, haciendome beber la copa de su cólera, y que habiendose ocultado bajo una nube, no quería que mis suplicas llegasen hasta su trono, y que me iba á quitar á mi hermano.... Con estas tristes ideas volvía á buscarte, no para llorar tu suerte, sino para acabar yo también de morir.

¡Pero ah, oh amado Neftalí! ¿qué somos? ¡Cuánta es la fuerza de un sentimiento que hasta hoy habian desconocido nuestras almas! En medio mismo de mi desesperacion, en este cruel abatimiento, en que no se conoce que se vive sino por lo penoso que es el disfrutar de la existencia; vi á la hermosa Raquel, hija del pastor Abdías, á la que encontré cerca del Tabernáculo. Mi corazón, á pesar de la triste situacion en que me hallaba, voló hácia ella como la paja ligera vuela á quedarse en el precioso ámbar. ¡Oh querido Neftalí! ¡si la hubieras visto de rodillas, teniendo en su mano las dos blancas palomas, y levantando al cielo sus hermosos ojos inundados en lágrimas!.... Su misma tristeza la embellecia más, y su dolor daba más realce á sus gracias. Pedia por su padre, que

vive en Benjamin en la aldea de Luza, y suplicaba al Señor conservase la vida al autor de la suya. Su piedad y su virtud estaban pintadas en su hermosa frente, mezclando un santo respeto al amor en que centelleaban sus ojos. Quiero decirlo, unico amigo mio; quiero que lo sepais: contemplando á Raquel, dejé de pensar en vos; ha sido la unica vez que he cometido esta falta; pero perdoname querido Neftalí: no esperéis para volverme á vuestra gracia conocer esta pasion, cuyo primero y repentino ataque puede hacer olvidar hasta á un hermano como vos.

Eliezer, al mismo tiempo que confiesa tan sensible olvido á su hermano, procura ocultar su rostro entre las manos de este, quien le mira con su natural afecto y llora. Vuelve en ti, le dice, pues yo necesito me concedas igual gracia, y venia á pedirtela. Sí, hermano mio: como tu, yo amo; y del mismo modo que á ti, me devora esta pasion. Mi corazón que á mi parecer, apenas podia bastar para los sentimientos de nuestra verdadera amistad, y que para tener ó un deseo ó un sentimiento, necesitaba saber de ante mano si algo te faltaba ó algo deseabas; este mismo corazón, arrebatado á pesar mio por una accion involuntaria, se agita, se turba y se in-

quieta por otro objeto que no es Eliezer; y así anhela y desea una felicidad, sin la que no puede vivir en donde tu no estés. No la conozco todavía bien; pero ni aún me conozco á mi mismo. Tengo mi alma atormentada, como lo está una piedra puesta en una honda, á la que un brazo fuerte la da vueltas para aumentarle el impulso. Ocupado únicamente sin cesar en el objeto cuya memoria me sigue á todas partes, mis deseos se reducen á verla, oirla y hablarla. El tiempo que paso separado de ella, me parece que no existo; y ya para mi todo el universo se compendia en el paraje en que la conocí. Estando á tu inmediacion la llamo, la busco, y me parece que la oigo; estoy cerca de vos; y á pesar de todo esto suspiro; te abrazo, y no obstante esto, no me creo feliz. ¡Oh querido Eliezer! perdoname: ó más bien, amado hermano mio, aseguremonos de nuevo en nuestra tierna amistad. Nuestras almas siempre son las mismas; el sagrado fuego que nos hace dichosos no se ha disminuido; este es el que nos anima nos sostiene; él es el que conserva nuestras vidas; pero.... otro de diferente especie es el que nos devora y nos aflige.

Entonces Neftalí le cuenta como salvó en Remmon la vida de la Israelita, y como al ver-

la por la primera vez, habia conocido el ardiente amor que fijaria en lo sucesivo su destino, añadiendole que nada más conoció en ella que su dulzura y belleza, pues hasta su nombre ignoraba; y sacando de su seno al mismo tiempo el velo que se le cayó á la bella incógnita, le enseñó á su hermano, haciéndoselo tocar, pero sin soltarlo; le desdobra le besa mil veces; y volviéndole á doblar, lo coloca de nuevo sobre su corazon; pero sintiendo al mismo tiempo el ocuparse tanto de sí mismo, dice á su hermano: Todavía encuentro un arbitrio para que mi suerte sea ménos desgraciada, y este es el hacer cuanto esté de mi parte para contribuir á tu felicidad. Creo que la conseguiremos fácilmente. Tú sabes que la jóven Raquel vive en casa de su padre Abdias en la aldea de Luza. ¿Piensas acaso que un pastor hebreo no dará mil gracias al Señor, porque solicita á su hija para mujer un hijo del Sumo Sacerdote? ¿Podrás dudar que el corazon de Raquel palpitará de placer y satisfaccion cuando sepa que está destinada para el jóven Eliezer, tan conocido y tan célebre por su piedad, por su virtud y por tantas cualidades amables que le hacen casi tan querido de todo Israel como lo es de su hermano? Tranquilízate, Eliezer: Raquel será tu esposa, pues

hoy mismo voy á hablar á nuestro venerable padre, y sin duda me enviará mañana á Luza á pedirla á Abdias, quien me concederá su hija para que sea tu esposa; yo mismo seré su conductor, y tu felicidad aumentará mi fortaleza para esperar yo la mia.

Eliezer se arroja en los brazos de Neftalí, consiente gustoso en que sea á él á quien deba la posesion de Raquel; pero esta misma que tan inquieto le tiene, no completa sus deseos, pues necesitaria para colmar estos, encontrar á la hermosa incógnita por quien suspira su hermano, para pagar los oficios que hace con otros iguales; y así le habla de ella continuamente, y medita cómo podria conseguirlo, miéntras que Neftalí no le trata sino de Raquel; ambos se interrumpen mútuamente para olvidarse de sus asuntos personales; y los dos; despues de haberse confiado sus secretos, parece que han mudado de amores.

Concluida esta conversacion los llamó Sadoc: van al instante; y entónces Neftalí, á quien le falta tiempo para revelar á sus padre los deseos y la pasion de su hermano, se la cuenta: el respetable anciano, al oirlo, dirige la palabra á Eliezer, diciéndole: ¿Qué, hijo mio, no te has atrevido tú mismo á declararme el deseo que

tenias? ¿Ignorabas acaso que la dicha de que vosotros dos me haceis gozar será mayor á proporcion de que la disfruteis? Ven, abrazámé tímido Eliezer, ven á dar á tu padre la enhorabuena por la satisfaccion que tiene en confirmar tu eleccion.

Eliezer, agradecido, quiere echarse á los piés de su tierno padre, quien lo detiene estrehándolo en sus brazos, y dice á Neftalí: Prepárate, querido hijo, para ir mañana á Luza. Monta el animal paciente que sirve para nuestros trabajos campestres; llévate dos medidas de harina de cebada nueva, añade algunas pasas, dátiles é higos silvestres; cuyo pequeño regalo darás al padre de la jóven Raquel, pidiéndole de mi parte que conceda á su hija para esposa de tu hermano. Voy á darte para que le entregues igualmente los zarcillos y dos anillos de oro que tuvo vuestra madre.

Dicho esto, Neftalí dispone su partida, y al amanecer del dia siguiente se pone en camino. Este era solo de uno; y así, ántes de ponerse el sol llegó á Luza, preguntó por la casa de Abdias y se dirigió á ella: llama á la puerta y salé á recibirle un viejo, ¿qué quereis? le dice este anciano: ¿sois uno de nuestros hermanos? Quien quiera que seais, honrad mi casa, descansad en

ella esta noche. Neftalí hace una reverencia á Abdias, quien responde: Bendito sea el Señor: él es el que me ha traído á Luza, le dice Neftalí, para ofreceros de parte de Sadoc, Pontífice del Dios vivo, este regalo, producto de la tierra que el Señor nos ha dado. Mi padre Sadoc os pide al mismo tiempo que deis á vuestra hija Raquel para esposa de mi hermano Eliezer: Eliezer cuyo nombre no os será tal vez desconocido y á quien considera Israel como digno sucesor de Aaron y de Sadoc.

No os equivocais, hijo mio, responde el viejo con una dulce sonrisa, ¿es ciertamente al pastor Abdias, al más oscuro y más pobre de los hijos de Jemini, á quien el Sumo Sacerdote de los Hebreos pide á su hija? Sí, á vos es, responde Neftalí: hijos todos de un mismo padre, no conocemos otra distincion en nuestras familias que la que se granjean las virtudes. Abdias para responderle toma la mano á Neftalí, y apretándola con las suyas, jura en nombre del Dios eterno, que desde aquel momento su hija es la esposa de Eliezer. Esta, continuó diciendo, está en el campo; todavía no ha vuelto con el rebaño; pero el sol, que ya ha traspuesto los montes de Seir, nos anuncia que no tardará en llegar.

Entrad, hijo mio, bajo mi humilde techado, que yo voy á buscar el cabritillo que he de inmolar por vos. Al mismo tiempo introduce á Neftalí en su casa, y lo deja solo por algunos instantes.

El hermano de Eliezer se queda en ella, y siente un placer, un tierno interes, una involuntaria y dulce languidez, de que él mismo se admira; todo agrada á su vista en esta inocente mansion, y todo fija y anima sus miradas. Repara en los vasos de barro colocados con simetría, para guardar la leche en ellos; las canastas de juncos colgadas; los cayados de la pastora, las guirnaldas de flores, ya marchitas, que llevó en la última fiesta; todo cuanto vé Neftalí le habla al alma y turba sus sentidos; pero él no quiere sino pensar en su hermano, y atribuye á la amistad la secreta emocion que turba sus sentidos.

No tardó en oirse inmediato á la casa el rebaño que volvía del campo: Neftalí tiembla; no se atreve á salir, y se pregunta la causa de su terror: busca y llama á Abdias, y este vuelve trayéndole á su hija. Neftalí la ve.... ¡Oh Dios poderoso! Ella és la misma israelita á quien salvó la vida, y ella es la hermosa incógnita, cuya imágen no abandona un instante á su